

Yvera al fondo I. Los hermanos Villagra

Enero de 2025. Relato a partir de notas de trabajo de campo y registro documental audiovisual¹.

Matias Menalled

Hace casi tres horas que salimos del Puerto Juli Cué. A esta hora de la mañana el calor todavía no aprieta, el sol aún no pica. Alrededor nuestro, todo es agua. Sin embargo, falta agua. La altura de la Laguna Medina, como de todos los arroyos y canales que nos permitieron llegar hasta acá, está bajando. Hace más de un mes que no llueve. Manejar la lancha en estas condiciones es tarea nada sencilla. Nuestro movimiento sobre superficie depende de lo que pasa en el medio acuático y en la atmósfera. El cielo despejado se funde con el espejo de agua. La vegetación acuática nos regala una alfombra de embalsados verde brillante y flores lilas de una variedad del irupé². Simultáneamente, lo que sucede bajo y fuera del agua dificulta el trabajo del motor.

Es necesario avanzar lento y limpiar constantemente la suciedad que se enreda en la hélice. El nivel bajo del agua, en combinación con la cantidad de vegetación subacuática, hace imposible el uso del motor. Esta complicación tiene conexión con los incendios ocurridos entre 2021 y 2024. Desde esos tiempos que se perciben cambios en los esteros. El color del agua se oscureció a causa de la ceniza; la vegetación aumentó. Ahora, las islas flotantes se aferran al suelo y cierran los canales angostos. Un hecho del presente -la falta de lluvia- y un evento del pasado reciente -los incendios- conspiran contra el transporte de los



¹ Equipo documental conformado por Guardaparque Alfredo Keneke Zalazar, Cristian Kichan Gómez, Cristian Tuli Cardozo y Matias Menalled. Este documento forma parte de una serie documental más amplia en proceso de producción. Para más información sobre el trabajo de los integrantes del equipo consultar los perfiles de Instagram @kenekezalazar, @info_concepcion_10, @cardozocristian_nat y @aguayantropologiadelibera.

² Hay quienes se refieren a esta flor como “falso irupé”. Pero no hay motivos para decirle “falso” como si otro fuese el “verdadero”, me dicen. Irupé a secas, el “verdadero”, suele ser el nombre utilizado para referirse a la flor grande que se abre como un plato. Los guardaparques vaqueanos que recorren hace muchos años el estero aseguran que los irupé ya no se ve acá por Iberá. Nuestras charlas me hacen pensar qué cambió en Iberá, cuáles son las transformaciones del paisaje, cómo viven los pobladores, quiénes reciben mil peros y quiénes pueden hacer sin demasiadas complicaciones. Cuando hablamos de cambio, ¿a qué nos referimos? ¿“cambio” es el cambio climático, la alteración del agua provocada por la ceniza producto de las quemadas descontroladas en campos ganaderos, la contaminación por restos de fertilizantes químicos a través del agua que las arroceras vierten con bombas al río Corriente, la pérdida de calidad del suelo generada por los monocultivos forestales? La historia y forma de vida de los lugareños -de aquellos lugareños de carne y hueso, que tienen chacra, que cazan carpincho, que hacen pesca, que crían chanchos, que tejen lana de oveja, que usan celular y que resisten en su tierra el avance de los negociados en nombre de la “naturaleza”- es un camino para que veamos que “cuidado” y “actividad productiva” no son necesariamente antagonicos.

pobladores, guardaparques y viajeros. La alternativa que queda disponible para moverse sobre el agua es recurrir a la técnica de navegación característica del Iberá. El botador se compone de una caña de tacuara larguísima y una punta de madera que imita las patas del carpincho o la cola de un pez. La terminación del botador permite impulsar, maniobrar y equilibrar la embarcación. En este punto tener un motor a combustible es en vano. Como si fuese que los propios esteros resisten el uso intensivo de lanchas para llegar allá, al fondo del Yvera.

A pesar de las dificultades, la vida sigue. Los lugareños encuentran los modos para continuar con sus planes. Y cuando no es posible, paciencia y esperanza. Nuestro viaje también continúa. Expectantes de llegar a destino y conocer la riqueza de las formas de vida de los estereros, vemos a lo lejos movimiento. Como si fuese



una coreografía perfectamente coordinada, la fluidez de los movimientos se funde con la fluidez del agua. El sol de frente forma una silueta que avanza con firmeza. La forma de la silueta y la dirección desde donde viene la canoa permite distinguir de quienes se trata. Con voz firme y dulce, Keneké grita “Buen día, Monchooo ¿cómo está mi gente?”. Los encuentros en los esteros son así: repentinos, casuales, sobre el agua. No es fácil programar uno. La alegría de sabernos en el mismo rincón del mundo es inmensa. Las embarcaciones se acercan, se saludan, se enchamigan. Don Moncho y Doña Victoriana Villagra nos comentan que están rumbo a Yahaveré en busca de mercadería. Hace varias horas, mucho antes de nuestra partida desde el puerto y la salida del sol, dos de los tres Villagra ya habían salido de la Isla Avatí donde se encuentra su hogar. Los planes de los Villagra rápidamente cambian. El viaje a Yahaveré puede esperar cuando llegan visitas. El rumbo se modifica en dirección opuesta.



Llegar al hogar de Moncho, Victoriana y Cirila nos demanda atravesar la laguna y entrar por un camino de agua más angosto de los que hemos transitado más temprano. Nuestra lancha no puede atravesar toda la extensión del canal, por lo que tenemos que dejarla a varios metros. Recorremos la distancia que nos falta a pie, bordeando el agua entre medio de los tupidos juncales. En la isla propiamente dicha, nos saludamos y presentamos con cada uno de

los Villagra. Mientras Moncho organiza la mercadería que trajimos, las hermanas preparan el fuego y la pava para el mate.

Mientras gira el mate, circula la palabra. Los hermanos nos muestran y enseñan los rincones de su isla: cómo producen sus frutas y verduras en la huerta, las herramientas y técnicas de caza, las técnicas de producción artesanal con madera de paraíso o lana de oveja, el modo en el que consiguen agua para su consumo y el de sus animales.

En octubre pasado, gracias a Cáritas Parroquial, se realizó una perforación e instalación de una bomba de agua. Toda una novedad para los Villagra. El proceso de llevar la maquinaria y realizar el trabajo en la Isla Avatí demandó tiempo y esfuerzo. Los hermanos nos invitan a probar el agua de la perforación. El líquido es perfectamente transparente a la vista. Inoloro al olfato. Con un dejo a sabor ferroso o alumbre al gusto. Por esta razón los Villagra no toman esta agua. Como ellos no la consumen, tampoco se la dan a sus gallinas, patos y chanchos. El agua de la perforación la usan para regar el huerto y el jardín. Para consumo prefieren utilizar el agua del estero. A pocos metros de la choza tienen el lugar donde recolectan el agua. Limpian los juncos para formar un balde natural para que se acumule el agua. Luego, la recolectan y almacenan en baldes. El agua del estero es opuesta al agua de la bomba. Tiene coloración rojiza y partículas en suspensión, pero no tiene sabor. Es el agua que toda la vida tomaron y seguirán tomando, o eso esperan. La falta de lluvia y la bajante del agua les preocupa. *“Cuando se seca todo tenemos que ir hasta la laguna, tenemos que traer agua nomás de ahí. Sino tenés que bajar por los embalsados o los tapiales que tienen pozo con mismo agua de la laguna. Pero tenés que ir lejos, tenés que limpiar porque es pantanoso para llegar hasta el pozo. Después de la seca grande que hubo, cuando creció vino muy sucio el agua. Intomable, muy oscuro. Hasta ahora no es todavía bien claro. Antes era bien clarito, era así como esta bien clarito (señalando el jarro donde sirvió agua de la perforación). Hasta el fondo de la laguna se veía”*, relata Moncho parado al lado de la bomba.



Los Villagra nos abren las experiencias y objetos que atesoran. El altar con sus santos e imágenes, el manto celeste impoluto que Victoriana bordó a mano para recibir a la Inmaculada Concepción, fotos con familiares o amigos, pequeños electrodomésticos como una heladera, una batería o una sierra a motor. Cada relato, cada explicación, cada palabra es dicha con paciencia, orgullo y detalle.



Como nosotros a ellos, los Villagra también proponen cambiar nuestros planes. Hace pocos días fue San Baltazar, un santo muy querido por los hermanos. En el altar de su casa tienen varias imágenes del Santo Cambá. Mientras nos cuentan la historia de cada imagen sagrada, nos enteramos que la visita a Yahaveré también estaba motivada por ir a dejar una velita y flores en la tumba de Doña Genara Villagra. En lugar de hacer un guiso carrero para el almuerzo, ellos proponen hacer un asado de cordero en honor a San Baltazar y al recuerdo de su madre. Mientras Keneke hace el asado, Victoriana comienza con la preparación del infaltable chipá cuerito.



Luego del exquisito almuerzo compartido conversamos bajo la sombra del tacuaral. Mientras Victoriana se prepara para tejer una boina con lana de oveja, su hermana Cirila -la fueguera- aviva el brasero portátil que utilizan para hacer fuegos pequeños. La radio a pila sintoniza la frecuencia 94.7 Info Concepción. La señal flaquea y se pierde. Es momento de apagar la radio porque conseguir baterías de repuesto no sucede de inmediato por estos rumbos.

A lo largo de la jornada conversamos sobre los cambios en el Iberá y cómo ellos viven esos cambios. Las reflexiones de estos hermanos son testimonio de que otras formas de vida aún son posibles en un mundo en crisis socioambiental. Escuchar lo que nos dicen nos puede ayudar a imaginar alternativas acerca de los vínculos entre humanos-no humanos, las formas de producción y las preocupaciones de la vida cotidiana.



Eterna gratitud a Moncho, Victoriana y Cirila Villagra por la generosidad de recibirnos en su casa. El viaje no hubiese sido posible sin el apoyo de las seccionales Carambola e Isla Disparo, Dirección de Parques y Reservas de la Provincia de Corrientes. Nuestro agradecimiento a Adrián Kurt (Jefe de Área del Portal Carambola), Jorge Sisi, Agustín Ávalos y Federico Fernández (Guardaparques provinciales).